

EN VUE

(A la vista)



Autora: Manuela Hernández

(pseudónimo)

I. Hors de Vue (fuera de la vista)

A Ella le gustaba mirar bajo las olas, entre los pliegues azules que se quedaban escondidos bajo la arena, sobre la línea que une un horizonte con el siguiente, a través de los ojos o de cualquier otra esfera que rescatase la luz.

Salía cada mañana temprano a través de las sombras y de los altramuces, picoteando los primeros sorbos del amanecer para no quedarse a media tarde sedienta, sin aliento para seguir volando.

- En la última esquina del mar, desde hace cientos de generaciones, con sus miles de mujeres y millones de años, se esconde el alma.

Eso contaba su abuela, que había llegado una mañana de marzo con las trenzas llenas de plumas a la casa de arriba, tras andar viajando por las cordilleras de América cerca de veinte años, desde que un día, cansada de tanto tejer y recoser redes, se subió en un barco y dejó toda la casa por hacer, y a los hijos en el huerto, entre los palmares.

El abuelo se quedó con la boca abierta y nunca más pudo volver a cerrarla, así que, para que no le entraran moscas, ni lluvias, ni espíritus mientras dormía, la bisabuela le hizo una bufanda con tela de araña, seda de mariposas y un trozo de vestido de novia, y el abuelo no se la quitaba jamás.

Ella lo recordaba siempre con su bufanda arrebujaado, barriendo la arena de los colmados, preparando la comida, arreglando el huerto, mientras el mar seguía yendo y viniendo y Ella levantaba las olas en la orilla en busca de algún mensaje escondido, porque su madre le había dicho: lo más importante que el Universo tiene que contarnos se encuentra debajo de las cosas.

Un día ella, su madre, también se fue, así que, tras dar su paseo matinal entre las sombras, se puso a mirar debajo de todo lo que encontraba porque no lograba entender qué era lo que el Universo pretendía contarle haciendo que se marcharan todas las mujeres de la familia.

Y desde entonces seguía mirando, aunque todos le habían advertido de lo inútil de tan ardua tarea. Hay significados insondables que son como trozos de mar. Su abuelo, que no acertaba a retener las palabras, se lo decía. Cogía agua de mar entre las manos y la dejaba escapar.

Hasta que una noche, después de contar una vez más las tazas, los platos, las cucharillas y las jarritas de té, todo cambió.

II. A la vue de tous (*A la vista de todos*)

Dicen que cada cinco horas aproximadamente llegan montones desde el otro lado. A veces parecieran llegar de algún universo lejano, pues sus miradas llevan la piel del mar tatuada en sus pupilas y sus manos, por pequeñas que sean, parecen haber tocado otros mundos posibles.

Ni tan siquiera alcanzan a poder hablar o caminar; algunos, incluso, ni respiran. Tras el largo viaje se abandonan y suele ser tarde para que la vida del otro lado acuda en su rescate. Antes de partir reúnen todos los deseos necesarios y hacen una promesa de vuelta que a veces pueden cumplir y a veces, no.

Cuando Yuma llegó envuelta en arena parecía una ahogada más. Lucía el color de los abrazados por el agua y su cuerpo olía a algas y conchas de mar. Fue necesario ponerla a secar durante tres días, con sus noches, con la diadema de plumas de la

abuela y darle un baño de té para que recuperara su color de ébano brillante y su olor a naranja y a karité.

Yuma recuperó su olor y su color, pero no su voz. En cuanto pudo caminar se puso a cavar en el huerto y a sembrar las semillas que estaban almacenadas en el cobertizo desde la muerte del abuelo, y al caer la noche, se sentaba junto al fuego y se pasaba horas trenzándose el pelo y contando el tiempo que tardaba la luna en asomar por la ventana de la cocina, cada día un poco más temprano desde que apareció tendida en la playa aquella mañana de verano.

Un día, sin previo aviso, se metió en la cocina, encendió el fuego, cogió la cuchara de madera, el abanico de seda y el tarro de azafrán tostado, y al mezclar el arroz con la canela, rompió a hablar.

III. Avoi vue sur (*Tener vistas a*)

- Cuando llegues, no te olvides de dibujar tu nombre en el primer trozo de tierra que pises- le dijo su madre- Es importante que lo hagas porque allí no te conocen, pero la tierra es la misma en todas partes, ella tiene memoria y en cuanto te anuncies, se tenderá bajo tus pies.
- Madre lo haré, pero no estoy segura de que el lugar al que voy tenga la memoria que tú dices.

Su madre le cogió las manos, fuerte, como en un último gesto de convencimiento.

- Tú, hazlo.

Y Yuma al día siguiente partió junto con otras doce mujeres de su aldea camino del otro mundo, en la otra orilla, con un atado en el que llevaba un batik, unas naranjas, un

poco de karité, el collar de cuentas de su abuela y todo el dinero que había logrado ganar junto con el que había pedido prestado a cambio de una cantidad cinco veces mayor, cuando por fin en el otro lado, pudiera empezar a devolverlo.

No sabía si iba a poder regresar algún día, ni tan siquiera sabía si iba a poder llegar a su destino. El camino que tenía por delante era como los baobas, dejaba ver sus raíces fuertes, contundentes, erguidas hacia el cielo, pero ocultaba sus ramas escondidas bajo la tierra, con sus frutos subterráneos que podían sostenerte, o atraparte para siempre...

La primera noche en el desierto fue como un milagro. Las doce mujeres habían caminado durante más de veinte horas hasta llegar al pequeño oasis de la Media Luna donde un camión pasaría a recogerlas para cruzar el Sahara. Al llegar apenas podían respirar, así que se lanzaron sobre la arena y quedaron de frente mirando hacia el cielo con el vuelo en alto. Yuma podía sentir el latido de los doce corazones allí reunidos y tuvo la impresión de que sonaban al mismo tiempo que las estrellas de aquella noche.

El camión pasó a buscarlas según lo previsto y acabaron amontonadas junto con otras sesenta personas en no más de seis metros de camión sucio y destartado.

No lograba recordar cómo llegaron hasta la costa y subieron en aquella lancha todos juntos, ya agotados, hambrientos y muertos de frío. No recordaba las primeras horas de aquella navegación que parecía llevarlos hasta el agujero del mundo, ni tampoco aquel dolor que empezó a pegarse en sus huesos ni su aliento seco y cortado por el oleaje, ni los dobleces que tuvo que hacer en el alma, con el recuerdo de su abuela, para no olvidar el sentido de todo aquello en medio de tanta nada y abismo.

Sólo recordaba aquel golpe que fue como si cayera un trozo de mar sobre su espalda y después todas aquellas voces que la nombraban y tiraban de su atadillo hacia arriba, y por fin esas mujeres con plumas en el pelo que cantaban y empujaban sus cuerpo hasta una orilla, y después nada, sólo silencio, y un olor a naranja entre los dedos.

IV. A vue d'oeil (A ojos vista)

- Ya he mirado bajo las olas esta mañana- dijo- y no he encontrado ningún rastro de las otras mujeres, ni de los hombres, ni tan siquiera de los niños...
- Pero estaban ahí – dijo Yuma- venían conmigo en aquel barco.
- No hay nada Yuma. Hablé con los pescadores y con las tejedoras.
- ¿Y con las mujeres con plumas en el pelo?
- Ella sonrió.- No hay nada a la vista .
- ¿Miraste bien?
- ¡Claro que miré bien! Llevo años haciéndolo cada amanecer.
- Las mujeres – insistió Yuma- dijeron que lo más importante que el Universo tiene que contarnos se encuentra debajo de las cosas.
- Ella de nuevo sonrió y después notó que un pequeño relámpago atravesaba su cuerpo de arriba abajo y que era como si le salieran mariposas por la boca.
- Eso fu hace mucho tiempo – dijo Ella – yo era una niña...
- Sí, pero la tierra tiene memoria.

Un silencio de mar inundó la cocina y al pasar, la brisa despertó los aromas de las hierbas puestas a secar, y las caricias guardadas bajo la tabla de la mesa y en los cajones de las alacenas.

- ¿Y ya has escrito tu nombre?
- ¿Dónde? – preguntó Ella-
- Sobre la arena.

Nunca había escrito su nombre, ni sobre la arena ni sobre ningún otro sitio. Le asombró no haberse dado cuenta de ello hasta ese momento.

A la mañana siguiente, como cada día, salió a caminar una vez más junto a la playa y a revisar los colores de la línea más fina del horizonte. Todo parecía estar en calma. Siempre las mismas huellas sobre los mismos lugares pero con un sabor distinto y una forma de borrarse con el agua que cambiaba con cada ola.

A lo lejos una mujer se trenzaba el pelo sentada junto a la orilla. De pronto, como si advirtiera su presencia, se dio la vuelta y agitó sus brazos. Al hacerlo, una gran nube de plumas de colores cayó sobre la arena. Emocionada, corrió veloz hasta la casa para contar a Yuma lo ocurrido. Yuma descansaba junto al fuego y se acariciaba un vientre ahora redondo y cálido con un pequeño latido en su interior.

Entonces se le ocurrió escribir su nombre con su aliento sobre el cristal de la ventana por primera vez.

- ¿Llevabas cientos de generaciones escondida, verdad?
- ¿Dónde? – dijo Yuma -.
- En la última esquina del mar.

FIN

A todas las personas que cruzan océanos de arena, de agua e incluso de tiempo

Y a todas las abuelas

